

EL CANTON MURCIANO.

Diario Oficial de la Federacion.

DOS CUARTOS CADA NUMERO.

EN TODA ESPAÑA.

PARTE NO OFICIAL

EL HONOR MILITAR.

En un periódico noticioso de Madrid se publica un comunicado del General «de papel» que manda el ejército sitiador de Cartagena, en el que dice haber oficiado á su Gobierno pidiendo fuerzas, municiones y dinero, á lo cual se le contestó que operase con las que tenía.

Entonces el general, en medio de su coraje, exclamó que á no ser por conservar el honor militar hubiera abandonado el campo con sus fuerzas.

A esto debemos nosotros decir, ¿es que el general Martínez Campos ha venido ante la plaza de Cartagena á aumentar su honra militar? ¿Tan escaso se halla de ella? ¿No tiene más hechos de armas en su hoja de servicios que las derrotas sufridas por sus fuerzas en los diversos ataques intentados contra los federales?

Pues entonces debía esconderla; porque entre sus subalternos habrá algunos que deberían llevar en sus bocamangas los entorchados que él luce. ¿Y este general habla de honra militar? Más le valiera preguntar á los valencianos por ella, y parodiando á un autor dramático decir: «honra mía, ¿dónde estás que te busco y no te encuentro?»

El general Martínez Campos puede sin cuidado ninguno verse relevado de la palabra que dió á González y levantar el campo en medio de su rabia ante la defensa de esta cuna de la federación, en la seguridad de que bastante vergüenza lleva con la silba que á su paso por todos lados lanzarán los

federales en vista de su impotencia.

¿Creía el Sr. Martínez Campos que la plaza cerrada de Cartagena era la abierta de Valencia?

¿Se figuró que no había más que acercarse con sus tropas y decir: «llegué, ví y vencí?»

¿Ha querido por ventura imitar al célebre Calonge que en 1868 entró en Santander y tuvo la necedad de querer sitiar á Santoña con su columna, reducida por el fuego de los montañeses á unos tres mil doscientos hombres? Pues se ha lucido como lo hizo aquel sicario del moderantismo. Con dos lumbreras como los generales Calonge y Martínez Campos, el ejército español puede estar muy orgulloso sin duda.

Al ver estas cosas no puedo menos de recordar un periódico satírico extranjero que presentaba en una caricatura á los soldados enemigos con cabeza de león y á los generales con testa de burro.

Que no se apure Martínez Campos, todo el mundo conoce y ve claramente que ha puesto en ridículo á sus gentes y que está haciendo el oso más completo ante la plaza de Cartagena; y en cuanto á su honra militar, que duerma tranquilo, nadie le pedirá cuenta de ella y puede colgar su espada (tan inútil como la de Bernardo) de un clavo sin temor de que salte de la vaina en busca de su enmohecida honra.

Y nosotros, federales del Cantón, alerta siempre; y al menor movimiento del enemigo, fuego con nuestros cañones y destrucción con la punta de nuestras bayonetas al grito de nuestra santa causa «¡Federación, y á ellos!»

ARTURO GUERRA

Tan soberbios como impotentes.

La ira, el despecho, la soberbia que revisten las obras y las palabras de esa pléyade ruin de benévolos centralistas es la confesión más fehaciente de su impotencia.

Salen nuestros potentes buques de este puerto; hienden el mar y llegan á Alicante, y allí con la consideración y la mesura que corresponde entre compatriotas, se llama á parlamento y nadie viene, se escribe al gobernador y contesta con una grosería, mientras que juega el telégrafo con Madrid, y Maissonave, ese ministro de la gobernación, cuya soberbia todos conocen, dispone que se reconcentre la guardia civil y los carabineros, que acudan refuerzos de Ciudad Real y de Albacete, y por último, ¡qué iniquidad! que se prenda á todos los tildados en Alicante de intransigentes y se les conduzca al castillo, pues allí calcula que es donde han de dirigir sus fuegos, si á romperlos llega nuestra poderosa artillería.

¿Podrá darse infamia mayor, cobardía más patente!

¿Y sois vosotros, «eminencias» de Madrid, los que os llamáis gobierno legal y constituido? ¿Vosotros los que nos acusáis de inhumanos y de piratas?

Pues tened entendido que lo que habéis hecho con los intransigentes de Alicante, lo que vosotros habéis hecho arrancando de su hogar á hombres honrados y pacíficos para llevarlos al castillo y oponerlos al fuego de nuestros buques, es la iniquidad mayor que podía ocurrírsele al más inhumano pirata berberisco, al más sanguinario cacique de la Patagonia.

Vosotros nos provocáis, vosotros nos insultáis y descargáis contra nuestros amigos todo el veneno de nuestra ira, pues bien, sea: «pronto tocaréis en Alicante los efectos.»

Cuando de aquella populosa ciudad no quede piedra sobre piedra; cuando de sus casas y palacios, de su castillo y de sus muros sólo se distinga un montón de ruinas, informe y humeante, gozaos entonces y exclamad:

«¡Hé aquí las consecuencias de

nuestra soberbia! ¡Hé aquí los resultados de nuestro impotente despecho!»

Pueblo español: ¡cuándo abrirás los ojos á la luz de la verdad y arrojarás á latigazos de tu seno á estos infames mercaderes de la política!

¡Cuándo! ¡Cuándo! ¡Cuándo!

CRÓNICA

Apenas pasa día sin que se presenten en esta plaza soldados de las diferentes armas de que se compone el ejército sitiador.

De los datos y explicaciones que de algunos de ellos hemos podido adquirir, resulta: que la adulación, la baja, la fingida generosidad, la farsa y la mentira que les propagan ha llegado hasta el extremo de llegarles á hacer creer ¡traidores! con su refinada hipocresía que en esta leal ciudad se cometen toda clase de crímenes y atropellos y que es necesario aniquilarnos cuanto antes.

Estas son las únicas noticias que están á la orden del día entre sus filas por parte de ciertos caballeros particulares, (cartageneros) satélites y entusiastas defensores del ya célebre apóstata, cobarde y traidor Prefumo.

En cuanto á los jefes y oficiales, temiendo quizás de que algún día amanezcan sin soldados, procuran inducirles á creer por todos los medios imaginables que somos incendiarios, demagogos, petroleros y otras mil sandeces por el estilo, tratándoles con todo el rigor y despotismo que prescribe la ordenanza realista de Carlos III y Fernando VII, llegando al exasperable estado de que si algún grupo de esos desgraciados seres movidos por los sagrados impulsos de sus nobles corazones en un momento del más vivo entusiasmo vitorean la República Democrática Federal (única forma de gobierno que establecida legalmente, puede redimirlos de la esclavitud en que yacen oprimidos) son amenazados cruelmente de castigarles con pena de muerte.

¡Basta ya de opresión y despotismo! ¡Paso á la más sacrosanta de las causas! ¡Abajo el traidor Gobierno de

